



FERNANDO GIL SÁNCHEZ

PALACIO MUNICIPAL
Y PALACIO REAL

La visita a Alicante de Isabel II

CON motivo del II Centenario de la reinstalación de la Corporación Municipal de Alicante, en sus Casas Consistoriales, se convocó, por el Sr. Alcalde, un concurso literario.

Resultó premiado el presentado por don Fernando Gil Sánchez, con el título *Palacio Municipal y Palacio Real*, y por mejor aclaración, *Con motivo de la visita de Isabel II a Alicante*.

El autor nació en Tobarra, provincia de Albacete, el 25 de septiembre de 1925. Allí cursó sus estudios primarios, y en su primera juventud vino a Alicante por motivos familiares, ya que aquí establecieron su residencia.

Ingresó en la Escuela de Periodismo en 1951, y su actividad profesional se ha desenvuelto en su totalidad en esta ciudad, en el diario «Información», en donde todavía continúa, habiendo destacado por su labor alicantinista.

REPUBLICA DE CHILE
MINISTERIO DE INTERIORES
DIRECCION GENERAL DE MONUMENTOS Y LUGARES HISTORICOS

PLAN DE
PALACIO MUNICIPAL
Y PALACIO REAL

ELABORADO POR EL ARQUITECTO

INGENIERO EN ARQUITECTURA

1912

IMPRESION EN LA TIPOGRAFIA NACIONAL DE CHILE

PUBLICACIONES DE LA COMISION DE CULTURA
DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO DE ALICANTE

FONDO EDITORIAL

SERIE MINOR
III

Edición numerada de 500 ejemplares

Depósito Legal: A - 194 - 1965

Fotos A. García

Impreso en Sucesor de Such, Serra y Compañía - Alicante

FERNANDO GIL SANCHEZ

PALACIO MUNICIPAL
Y PALACIO REAL

La visita de Isabel II a Alicante

ALICANTE, 1965

EN la ciudad, todo empieza y termina en el Ayuntamiento. Es el auténtico corazón de la misma, desde el que surgen soluciones, proyectos, realidades prácticas. Los hombres de la ciudad —hombres de la ciudad son todos y cada uno de cuantos forman el Concejo Municipal— llevan hasta allí sus inquietudes para que sean matizadas y resueltas, proyectándolas luego en el área urbana como réplica a las ansiedades y solución a las necesidades. No puede extrañar, pues, que el corazón de la ciudad salte de gozo, satisfecho, al comprobar cómo crece, se extiende, gana nuevas zonas urbanas y conquista fronteras inéditas. La crónica que sigue es un sucinto y desapasionado relato histórico, sacado de los textos de la época, sobre un suceso local muy importante, sin duda, pero al fin y al cabo uno más de cuantos en el curso de los decenios han tenido como marco adecuado las nobles piedras del Palacio Municipal.

Entre los más importantes acontecimientos de que ha sido testigo de excepción el Palacio Municipal en sus dos siglos de actividad oficial hay uno que tiene un preferente interés y singular trascendencia porque no está limitado exclusivamente a la capital, sino que se extiende su importancia a toda la provincia y aún incluso fuera de ella: el hecho de que el Ayuntamiento se convirtiera en adecuado Palacio para albergar en su bello recinto a la reina Isabel II y a su noble familia, feliz circunstancia que permitió localizar en la Casa de la Ciudad todo el espectacular anecdotario de tan regia visita, sirviendo la edificación de hermoso escenario en el que se desarrollaron los actos finales de un acontecimiento fundamental para la historia de la capital, como fue la inauguración del ferrocarril Madrid-Alicante. Durante tres días con sus noches, el Palacio Municipal fue Palacio Real, tema que nos sugiere algunas consideraciones justificativas de la trascendencia de aquellos hechos y de la noble función ejercida en tal coyuntura por nuestro ya histórico recinto.



Barroca portalada del Palacio Municipal

Un siglo venturoso para Alicante

A lo largo de cien años, partiendo de 1800, Alicante vivió horas trágicas y no pocas de gozosas venturas y alegrías. Se perfilaba poco a poco nuestra capital como una población de gran porvenir, lo que obligó a derribar murallas que la aprisionaban y a construirlas de nuevo en lugares más apartados del casco urbano. Alicante tenía entonces, a mediados de aquel siglo y según una curiosa estadística que cae en nuestras manos, 15 plazas, 125 calles, 2.490 casas (algunas con departamentos para distintas familias) y 16.687 habitantes. En el barrio de San Antón había dos plazas, 16 calles, 417 casas y 2.796 vecinos, y en el Arrabal Roig, dos plazas, cuatro calles, 171 casas y 859 habitantes.

Veamos estos otros antecedentes que amplían nuestro informe respecto al progreso de Alicante en el curso de aquel venturoso siglo: en el año 1822 se construyó el Paseo de la Reina; en

1825, el Malecón; después, el Teatro, la Plaza de Toros, el Paseo de Quijano, la plaza de Isabel II; el Paseo de Campoamor, construido en 1849, siendo Gobernador de la provincia el ilustre escritor y poeta...

En esos lustros inician su actividad dos industrias dedicadas a la fundición de minerales, se prolonga el Muelle, es creado el Instituto de Segunda Enseñanza, se construye el Hospital de San Juan de Dios... En la mitad del siglo tenía la ciudad doce fuentes de agua y ya se hablaba de instalar alumbrado público a base de gas. Comenzaba a perfilarse un Alicante distinto a aquel otro que fue testigo de tantas pasiones políticas, un Alicante que progresaba y crecía, que mejoraba continuamente.

Muerto el rey Fernando en 1833 y ocupado su trono por Isabel I de Valencia y II de Castilla, se declaró de nuevo a Alicante como capital de la provincia, creándose luego (1834) la Real Sociedad de Amigos del País, que tan vigorosamente había de influir en cuanto significaba superación de la ciudad, resultando hasta tal extremo patentes todos los esfuerzos, que, como decía el ilustre cronista alicantino Nicasio Camilo Jover, «*Alicante prosperó más en treinta años de libertad que en 18 siglos de despotismo*».



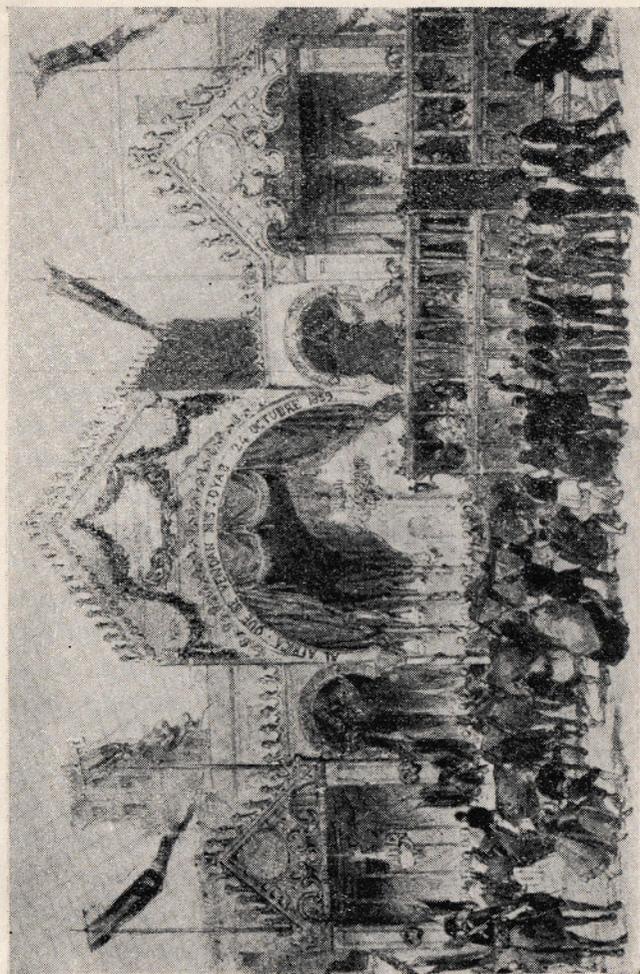
Distinción al Ayuntamiento

Por si todo ello necesitaba el refrendo oficial que atestiguara cuantas no pocas circunstancias favorecían a Alicante, el 20 de noviembre de 1850 y rubricado por su soberana mano, S. M. la Reina se dignó expedir el Decreto siguiente:

«En consideración a las particulares circunstancias que concurren en la Muy Ilustre y Siempre Fiel Ciudad de Alicante, capital de la provincia del mismo nombre, vengo en conceder a su Ayuntamiento el tratamiento de Excelencia».

La distinción, naturalmente, llenó de regocijo a una población que había declarado su fidelidad inquebrantable a Isabel II, y que ocho años después, cuando la augusta dama estuvo en Alicante con motivo de la inauguración del ferrocarril, le había de testimoniar con júbilo inenarrable, su fervorosa adhesión y lealtad.

Este era el ambiente general de una ciudad que había puesto su fe en el porvenir, cuando rebasaba la mitad del siglo tomó cuerpo la idea de establecer el enlace ferroviario entre la Corte y Alicante. La historia de estas felicísimas realidades está llena de hechos curiosos y multitud de anécdotas. Pero hay tres fechas que no pueden pasar inadvertidas a la hora de hacer la crónica de unos acontecimientos que abundando en cuantas otras mejoras logró Alicante con anterioridad a ellas y después, permitirían duplicar sus posibilidades y mejorar la vida y el desarrollo comercial e industrial de sus moradores, fábricas, puerto y cuantos servicios habían sido creados. Estas tres fechas son el 4 de marzo de 1852, el 29 de marzo de 1853 y el 25 de mayo de 1858, días singularmente memorables porque nos traerían el ferrocarril y con él vendría la Reina Isabel II a ocupar durante tres días el trono que Alicante le dispuso en el Palacio Municipal, convertido por esa circunstancia en Palacio Real.



Apoteósico recibimiento dedicado por la ciudad a S. M. Isabel II

Salamanca, un hombre fundamental

Don José de Salamanca es algo más que un nombre en la historia de una ciudad que quería prosperar. Don José de Salamanca es un cúmulo de inquietudes, de desvelos y de esfuerzos, una síntesis de actividad e iniciativas encaminadas a lograr el propósito que con tanto calor defendía: unir la Corte con el Mediterráneo. Esto es algo más que una frase o un tópico; es una necesidad, porque la ciudad no podía crecer si lejos de sus murallas no encontraba caminos abiertos, los «caminos de hierro», que le permitirían comunicarse con Madrid, para que hasta la Villa y Corte llegaran sus productos y para que desde Madrid viniesen, enlazando con cuantos pueblos hay en el camino, los frutos consecuentes de esa mejora de interés público.

■ Cuando el 4 de marzo de 1852 se celebró en

el Ayuntamiento un banquete (obsérvese, todo «sucede» en las Casas Consistoriales, como si se tratara de un vigoroso trampolín que viente sobre la ciudad mejoras y beneficios) y el Conde de Santa Clara, Gobernador de la provincia, propuso que se nombrase Hijo Adoptivo de Alicante a don José de Salamanca, «*por cuya solicitud ostentaríamos un ferrocarril desde nuestros muros hacia la Corte*», se premiaba con el honroso título un noble proceder en defensa de Alicante.

Años después, en escrito de 29 de diciembre de 1857, el Ayuntamiento amplió esa distinción con la de «*Hijo Adoptivo Predilecto*», porque como decía la comunicación, «*de V. E. es toda la gloria de esta grande obra*».

Hay una segunda fecha histórica, la del 29 de marzo de 1853, que es cuando fueron inauguradas las obras del ferrocarril proyectado por el incansable Salamanca. «*Coloca y afirma con un martillo de plata la primera piedra en donde había de levantarse la Estación don Manuel Cano Manrique, también gobernador, entonces, bendiciendo la empresa don Tomás Pagés, abad de San Nicolás*». Salvas de artillería, himnos, vítores y aclamaciones saludaron la trascendental iniciación de las obras. He aquí unos nombres que no deben quedar olvidados a la

hora de reseñar los acontecimientos de esta época, los de los hombres que formaban la Junta de Gobierno creada para la realización de las obras: Excmo. señor Marqués de Río-Florido, Ilmo, señor Conde de Casa-Rojas, don José Bas, don José Gabriel Américo, don Gaspar White, don Antonio Campos y Domenech, don Lorenzo Antoine, don Tomás España, don Fernando Sala, don Juan Vignau, don Calixto Pérez, don Pedro Brugada, don Benjamín Barrié, don Francisco París, don Pascual Wasallo y don Julián Ugarte, secretario.

Pero el brillo de aquella ceremonia había de ensombrecerse por las dificultades que minaban la rapidez de las obras, aunque no la voluntad de aquellos alicantinos que entregaron al magno proyecto sus afanes y el inalterable espíritu que les animaba a seguir sin desaliento su propósito.

El trazado del ferrocarril se inició partiendo de la Corte en 1846 y vino prolongándose hasta Almansa, en cuyo punto trató de tender un ramal Valencia, y pensó avanzar otro a Alicante. Fue concesionario de éste, en 1852, el Marqués de Río-Florido, quien no pudiendo ceder su derecho como había previsto a una sociedad anónima, hubo de inaugurar las obras animado por su trascendencia.

A seguido se suceden las dificultades, se forma la Junta de Gobierno ya citada y entre otras personas que ofrecen su colaboración está el señor Salamanca, que suscribe más de la mitad de las acciones creadas y toma a su cargo la construcción de la vía. Posteriormente, logra que le conceda el Estado una subvención de quince millones de reales, con lo que se culmina la obra. A las siete y media de la tarde del 28 de diciembre de 1857, según comunicación telegráfica recibida desde Novelda por el Marqués de Río-Florido, quedó terminada totalmente la vía.

Alicante está de enhorabuena, porque ya es un hecho la unión por ferrocarril de la «Corte y el Mediterráneo».

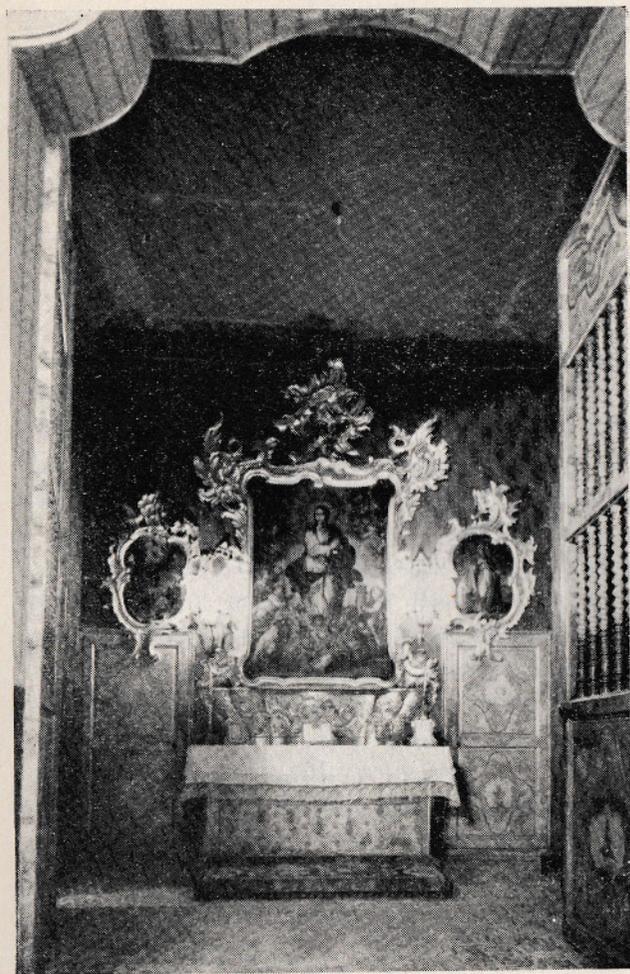


El Salón Azul, creado para recibir a Isabel II en su primer visita a Alicante, en 1858

El Ayuntamiento, Palacio Real

La Primavera es la época del año más propicia para recibir visitas, y en Primavera llegó la real comitiva que había de inaugurar el ferrocarril. En mayo comenzaron los preparativos. La Reina iba a estar tres días en Alicante, y la capital disponía lo necesario para hacerle más grata su estancia en ella. La Familia Real residiría en la Casa Consistorial, que ganaría así un nuevo laude, porque no se quedaron cortos los alicantinos en preparar un alojamiento adecuado a tan digna visita. Don José Alacio, teniente de Alcalde; don Lorenzo Antoine, regidor y don Francisco Banquells, comerciante formaron la comisión que marchó a Madrid para adquirir cuanto fuese necesario con objeto de preparar las regias estancias. Artistas madrileños expresamente contratados decoran y adornan el Palacio, en el que asimismo figuran mue-

bles adquiridos en la Corte. No se regatea gasto ni esfuerzo. Todos los aposentos destinados a SS. MM. han de resplandecer de lujo, gusto y excelente disposición. Con antelación suficiente, todo estaba previsto, y mucho antes de que llegase al término municipal de Alicante la Familia Real, ya estaba el Ayuntamiento preparado. Se había dispuesto todo, desde los alojamientos de la Reina y acompañantes, incluido el servicio doméstico, hasta las salas de recepción, el trono y el amplio comedor en el que serían celebrados los brillantes banquetes para festejar la visita de Isabel II y la inauguración del ferrocarril.



La Real y Pontificia Capilla, existente en el Palacio Municipal

Isabel II, en Alicante

Llega la tercera fecha fundamental en nuestro relato, la del 25 de mayo de 1858. En esa tarde hace su entrada en Alicante, el Tren Real, en el que viene Isabel II, descrita así por un cronista de la época:

«Elegante, graciosa, alta de estatura, lleva con majestad y donaire el mantón de los Césares cuando lo prende a sus hombros, y en su juvenil cabeza, erguida sin altivez, parece aureola de amores la real diadema cuando la ciñe a sus sienes. Pero adorno de tanta pompa no lo ostenta en esta tarde; era el único una flor, como era también sencillo su traje de rosa, sobre el cual caía, con la gracia que a nosotros seduce y enloquece a los extranjeros, una blanca mantilla española».

También venía el Rey, que vestía uniforme de Capitán General de nuestro Ejército, y así-

mismo llegó el Príncipe de Asturias, que precisamente en aguas alicantino-valencianas cumpliría los seis meses de edad, pues había nacido el 28 de noviembre de 1857. En la misma comitiva figuraba la Princesa Isabel María Fernanda y la también Princesa doña Cristina, hermana del Rey.

En la Estación se produce un estallido de emociones, entre himnos, salvas y músicas. Descienden del tren los egregios visitantes, es bendecida la línea férrea y a seguido las locomotoras, se pronuncian discursos y se organiza la caravana hasta al Puerta de San Francisco, en donde los ilustres huéspedes reciben las llaves de la Ciudad. Llegan a San Nicolás, donde se celebra una breve ceremonia religiosa, y a poco se trasladan a las Casas Consistoriales.

Eran las siete y media de la tarde cuando la Reina y su familia llegaban a la puerta del Ayuntamiento. En aquel momento el Palacio Municipal se convertía en Palacio Real...

«Señora: el Ayuntamiento tiene el alto honor de ofrecer a VV. MM. para su hospedaje esta Casa Consistorial preparada si no tanto como fuera el deseo de esta Corporación, al menos hasta donde le han permitido sus recursos. Díg-nense VV. MM. aceptar este humilde homenaje de su afecto y adhesión», manifestó a Isa

bel II don José Miguel Caturla y Perea, alcalde de la Ciudad. La ofrenda, que se pensó en principio realizar al pie de la escalera, fue efectuada en los salones preparados para la noble embajada, y una vez que fue hecha, S. M. manifestó *«con evidentes muestras de sinceridad y conmovida, cuán satisfecha estaba de la recepción que el Ayuntamiento y pueblo la habían procurado»*.

De esta forma tan sencilla comenzó nuestro ya Palacio regio a cumplir el fin para el que había sido temporalmente dispuesto. SS. MM. no salieron aquella noche. Unas cincuenta personas participaron en el primer banquete que fue celebrado en Palacio: el embajador francés; el señor Isturiz, presidente del Consejo de Ministros; el Conde de Santa Clara. Gobernador de la provincia; el Ministro de Marina; el Patriarca de las Indias, el arzobispo de Cuba, el Obispo de Cartagena, el Ministro de Fomento, el Capitán General del Reino, el del Departamento de Marina; los componentes de la Junta de Administración del Ferrocarril, señores Mon, Salamanca, Ros de Olano, Zaragoza, Weisveiller, Chatelús, Roschild, hijo; el Duque de Bailén, el Conde de Puñorostro, el Marqués de Alcañices, la Duquesa de Alba, el Marqués de Santiago...



El Palacio Municipal en 1965

Gratitud de la Reina

Unas frases de la Reina nos eximen de todo relato elogioso sobre las obras de acondicionamiento efectuadas en el Ayuntamiento para procurar una feliz estancia a los egregios huéspedes. Terminada la cena y retirada a sus aposentos, quiso antes de dormir recorrer las dependencias, para examinar cuantos objetos y muebles habían puesto al servicio de la Familia Real, «*complaciéndole la capacidad de los departamentos y mereciéndole encomios el lujo que los enriquecía y la elegancia en aquel lujo*», según describía un cronista de la época.

«*¡En todo han pensado!*», exclamó Isabel II. «*Han hecho demasiado, ¿cómo recompensaré a los alicantinos?*». Hemos dicho antes que no se reparó en gastos, y ya han visto cómo reaccionó la Reina al inspeccionar las estancias. Aco-

jámonos al relato histórico para poder ofrecer la crónica completa.

«...Un salón cuya capacidad sorprende, como sorprende su lujo. Todo es allí oro y púrpura. Sobre una tarima alfombrada levántase el trono, cuyo dosel es verdaderamente magnífico. Lindas arañas de cristal, cortinajes de Damasco, cien y cien primores; luz, elegancia, majestad suntuosa. Al lado derecho del trono se halla el despacho de S. M., cuyo salón fue construido en 1601. En otro lienzo, correspondiéndose con los balcones, halláis una puerta y una mampara, con marco las dos, de vistosas molduras; la puerta lo es de un oratorio; la mampara da paso a la linda Cámara Real, en donde todo es azul, paredes y telas de sofás, butacas y sillones. En un ángulo atrae la atención un gracioso tocador portátil; sobre una mesa está el cristal azogado, cuya figura es un óvalo, con la corona real encima, dejándolo todo algo descubierto con delicada elegancia, dos cortinas de blanquísimos crespones, sujetas, para que formasen pabellón, con cintas azules y franjas de plata. Otra puerta os indica el dormitorio de S. M. Allí abunda la riqueza, propiedad, casi toda, de la augusta señora. Desde el dormitorio, continuando de Oeste a Este, se pasaba a los del Príncipe de Asturias e Infantas doña Isabel y doña

Cristina; llegando al ángulo NE. y torciendo hacia el Sur se iba a la estancia del Rey».

Aquí, en este Palacio Real, vivió durante tres días Isabel II, su esposo, el Príncipe de Asturias y las Infantas. Desde los balcones que dan a la anchurosa plaza, totalmente abarrotada de un público entusiasta y leal, fue presentado el Príncipe de Asturias al pueblo de Alicante, que lo recibió alborozadamente; en estas mismas dependencias se le ofrecieron a la Reina los frutos y los productos de nuestra provincia, y se celebró una brillantísima recepción... Aquí mismo hubo un segundo banquete real al que asistieron con las personalidades de su séquito, los diputados a Cortes don Ramón de Campoamor, don Andrés Rebagliato, don Juan Thous, don Ginés Ganga, don Ramón Gil Osorio, don Diego Roca de Togores y don Juan Francisco Camacho; los provinciales don José Rovira, don Francisco Pérez Marco, don José Antonio Sánchez, don Carlos Cholvi, don Francisco de Paula Puig, don Joaquín Gisbert, don Manuel Pastor y Orzusan, don Luis Santonja, don Gerónimo Cortés y don José y Francisco Rico.

Desde este mismo Palacio partió la Soberana para visitar los Conventos de Religiosas Capuchinas y Agustinas, el Monasterio de la Santa Faz, el Teatro, la Casa de Beneficencia, el

Hospital Civil, la Fábrica de Tabacos, el Hospital Militar de San Fernando y la Plaza de Toros, y desde aquí marchó el día 28 de mayo de 1858 para embarcar en el «Rey Francisco», con dirección a Valencia. Pero durante tres días de permanencia en Alicante, recorriendo sus centros y alojada en el Ayuntamiento, había dejado constancia de su simpatía y amor a la ciudad que, con su visita, recibió también el trascendente servicio de un ferrocarril que comunicaba la «Corte con el Mediterráneo». Si Madrid conquistaba un Puerto de mar, Alicante ganaba óptimas perspectivas para su futuro. Como se ha demostrado, el Ayuntamiento, convertido en morada real, había cubierto asimismo su propósito.

Se acabó de imprimir en los Talleres Tipográficos
de Sucesor de Such, Serra y Cía., de Alicante,
el día 23 de Junio de 1965, vigilia de San
Juan Bautista, al cuidado de la Comi-
sión Especial del Fondo Editorial
Municipal

LAUS † DEO

**Publicaciones del Excelentísimo
Ayuntamiento de Alicante**

Fondo Editorial

SERIE MINOR

- 1.—Memoria del principio, estado, diseño y magnitud de la peña llamada de Santa Bárbara, que ha permanecido sesenta y nueve años, en la ladera o cuesta del Castillo de esta ciudad de Alicante, por Francisco Fernández.
- 2.—Sesenta recetas prácticas para la conservación y condimento de la sardina, por José Guardiola Ortiz.
- 3.—Palacio Municipal y Palacio Real. La visita a Alicante de Isabel II, por Fernando Gil Sánchez.



PUBLICACIONES DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO
DE ALICANTE